

# DEL SOCIALISMO AUTOGESTIONARIO A LA OTAN: NOTAS SOBRE EL CAMBIO IDEOLÓGICO EN EL PSOE DURANTE LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

Juan Antonio Andrade Blanco

Universidad de Extremadura, Spain. E-mail: andradeblanco@hotmail.com

Recibido: 3 Julio 2007 / Revisado: 25 Julio 2007 / Aceptado: 30 Julio 2007 / Publicación Online: 15 Octubre 2007

**Resumen:** La denominada transición a la democracia en España fue un proceso de cambio fundamentalmente predicable sobre el sistema político-institucional, pero al mismo tiempo entrañó una metamorfosis sorprendente en algunos de los propios sujetos de esa transformación. El propósito central de este trabajo es analizar este llamativo transformismo ideológico, los factores que lo favorecieron y la relación que mantuvo con la praxis del partido. Finalmente intentamos desentrañar los distintos usos que la dirección socialista hizo de postulados ideológicos y teorías políticas. En este sentido, el artículo plantea que los presupuestos doctrinarios explícitos del PSOE actuaron más como referencia de identificación interna del colectivo que como concepción rectora de su línea política operativa, y que la ideología en el PSOE fue ante todo un instrumento mutable en sus cambiantes relaciones de competencia y cooperación con otras fuerzas políticas; así como una herramienta susceptible de cambio en función de los intereses electorales.

**Palabras Clave:** Partido Socialista Obrero Español, ideología, transformismo, socialismo, socialdemocracia, transición.

## 1. EL DESPERTAR DEL PARTIDO Y EL SOCIALISMO AUTOGESTIONARIO

Al comienzo de los años setenta el PSOE era una fuerza desnaturalizada y marginal en el conjunto de la oposición al régimen. Las erráticas decisiones de su vieja dirección en el exilio le llevaron a autoexcluirse del pujante movimiento de contestación a la dictadura, que, por otra parte, terminó hegemonizando el PCE. No obstante, en 1972 las agrupaciones más activas del interior

lograron hacerse con el control del partido, con la intención de recuperar el tiempo perdido ante el inminente final del régimen. Los nuevos dirigentes diseñaron entonces una estrategia más flexible para penetrar en los movimientos sociales de oposición, sin que la presencia en ellos de los comunistas fuera motivo disuasorio o de conflicto interno, y radicalizaron su discurso con la intención de emparentar con las combativas vanguardias antifranquistas<sup>1</sup>. Efectivamente, desde que fue desbancada la dirección de Toulouse el Partido Socialista experimentó un proceso de radicalización ideológica que llegó al paroxismo en las resoluciones políticas de su XXVII Congreso, celebrado en Madrid en diciembre de 1976.

La piedra angular de su discurso era la negación del capitalismo y la desestimación de cualquier perspectiva meramente reformista, correctiva o atenuante al mismo. El PSOE apostaba por un socialismo autogestionario distanciado tanto del estatismo socialdemócrata como del soviético<sup>2</sup>. El socialismo era concebido como un proceso de dilatación de la democracia a todas las esferas de la vida social, y como un proceso de intensificación de esa democracia en cada una de ellas<sup>3</sup>. Frente a la reclusión de la democracia en las instituciones políticas, el socialismo autogestionario reclamaba la democratización de la producción como requisito imprescindible para poder democratizar el resto de los ámbitos sociales. Y frente a la consideración liberal de la democracia como ejercicio electivo cada cuatro años el socialismo autogestionario defendía la democracia como participación cotidiana en la gestión de todos los asuntos públicos.

En otro orden de cosas, el PSOE apostaba por una estrategia de transición al socialismo que tenía dos rasgos definitorios. Por una parte, se

asentaba en una concepción progresiva y secuenciada del proceso de transformación. Por otra, se enfatizaba la dimensión social que debía tener el proceso, al tiempo que se relativizaba y reformulaba el papel que debían de jugar en él las instituciones políticas liberales.

En cuanto a lo primero, se desestimaban la toma sorpresiva del poder al modo bolchevique, la esperanza libertaria en el levantamiento espontáneo de las masas y la fracasada propuesta bernsteniana de construir el socialismo por acumulación institucional de reformas parciales. Por el contrario se defendía una estrategia al socialismo a través de fases sucesivas e insalvables, en cada una de las cuales se irían gestando las condiciones necesarias para enlazar de manera irreversible y no traumática con la siguiente. De acuerdo con este esquema había que reemplazar la dictadura franquista por una democracia homologable a las europeas. Luego, bajo el amparo legal del Estado de derecho, se iría desbordando el carácter formal de las instituciones liberales y se iría buscando su compatibilidad con nuevos órganos de poder de base. Más tarde, ya en la denominada democracia avanzada, cuando el poder real de las clases dominantes se hubiera transferido a los trabajadores autónomamente organizados, cuando se hubiera neutralizado cualquier tentativa reaccionaria y cuando los organismos de poder popular hubieran subsumido los cometidos fundamentales de las instituciones representativas, se estaría en disposición de dar el salto definitivo al socialismo; es decir, a la desaparición de las clases sociales y a la extinción consecuente del Estado<sup>4</sup>.

Para ello se apelaba a la propuesta gramsciana de construir una política de alianzas que se asentara en sistemas de valores compartidos e identidades colectivas superadoras de las estrictas divisiones de clase. Se trataba de crear un bloque social alternativo en torno a la difusión de valores y a la promoción de experiencias antagonistas que aislaran socialmente a las fuerzas reaccionarias tras arrebatarlas la hegemonía cultural e ideológica<sup>5</sup>. Esta batalla, esta guerra de posiciones, fruto de la dificultad de acometer una guerra de movimientos resolutoria, se iría librado e intensificando en las sucesivas etapas predefinidas. La estrategia consistía en ir inoculando progresivamente en el capitalismo el virus terminal del socialismo a nivel de la producción, por medio de experiencias

consejistas o cooperativistas; a nivel de la vida cotidiana, a través de la promoción de organismos vecinales de poder popular; y a nivel cultural, difundiendo valores críticos que arrinconaran la propaganda burguesa. Frente a la estrategia de ocupación del Estado como paso previo a la socialización económica y a la difusión de los valores del hombre nuevo, se planteaba la gestación progresiva del socialismo en la sociedad civil del capitalismo, hasta que este pudiera ser devorado finalmente por su criatura.

Pero además, esta estrategia de articulación por la base de todo un tejido social crítico y alternativo en expansión debía compatibilizarse con la penetración del movimiento socialista en el aparato institucional del Estado. Es cierto que las vías estatistas al socialismo habían fracasado o se habían corrompido; pero aunque el Estado no podía ser el instrumento exclusivo de transformación social resultaba de suma utilidad, porque su fuerte inserción en el modelo económico de inspiración keynesiana de los setenta permitiría reconvertirlo fácilmente en un instrumento de planificación socialista<sup>6</sup>.

Finalmente, el PSOE se declaraba un partido internacionalista, antiimperialista, opuesto a la dinámica de bloques y portador de un proyecto emancipador ecuménico, aunque apostaba, no obstante, por una estrategia nacional al socialismo como fase previa y contributiva al proyecto mundial de la sociedad sin clases<sup>7</sup>.

Ahora bien, estas declaraciones doctrinarias del Partido Socialista apenas tuvieron implicación en su línea política operativa. Si hubo un rasgo definitorio del PSOE en la primera etapa de la transición fue el divorcio entre sus ideas oficialmente proclamadas y sus actuaciones políticas concretas, entre su verbo radical y sus praxis moderada<sup>8</sup>. Así, por ejemplo, el PSOE defendió oficialmente por estas fechas la ruptura democrática, pero ya entonces mostró su disposición práctica a participar en la negociación de la reforma, a trueque, eso sí, de que el gobierno heredero de Franco acelerase e intensificase los cambios. El PSOE reclamaba la participación directa en los asuntos públicos de la sociedad civil autónomamente organizada, pero puso de manifiesto su concepción partidocrática de la política cuando en los organismos unitarios de oposición impuso su veto a personas independientes, representantes de colegios profesionales y activistas del movimiento vecinal; cierto que por

considerarlos bajo influencia estratégica del Partido Comunista. El PSOE apostaba en sus resoluciones congresuales por construir de manera progresiva en España el socialismo autogestionario, pero el programa con el que concurrió a las primeras elecciones era claramente socialdemócrata y no ofrecía solución de continuidad creíble con ninguna medida futura más avanzada.

## 2. SOBRE EL RADICALISMO IDEOLÓGICO DEL PSOE

El izquierdismo del PSOE fue producto de un complejo conjunto de factores de impacto desigual. Hubo factores generacionales; otros ligados a la situación internacional del momento; otros propiciados por las condiciones exclusivas de la España de los 70; algunos vinculados a las culturas políticas hegemónicas entre el activismo antifranquista; y, los más influyentes, derivados de las tácticas urdidas por los dirigentes del partido.

En cuanto a lo primero, a finales de los sesenta todas las organizaciones de la izquierda experimentaron una radicalización más o menos intensa según su perfil ideológico inicial. La expresión más efectista y palmaria de esta radicalización fue el Mayo del 68, fenómeno que actuó a posteriori como amplificador del espíritu contestatario de la época. No obstante, la razón profunda de este radicalismo se debió al empuje de un sector de la juventud que, por su mejor formación y mayor vitalidad, portaba un gran optimismo sobre las posibilidades de innovación del sistema<sup>9</sup>, así como un hastío en cierta forma irreverente hacia las acomodaticias generaciones precedentes. La crisis del PSOE de 1972 fue un claro ejemplo, aunque a nivel partidario, de esto. Los jóvenes del interior denunciaron pronto el carácter decrepito de la vieja guardia en el exilio, y cuando lograron desbancarla lo hicieron llevando consigo ese espíritu generacional dinámico, innovador y apasionado, que sin duda encontró traducción en sus proclamas ideológicas.

En cuanto a lo segundo, una sucesión de acontecimientos internacionales animaban al radicalismo. Los países del Tercer Mundo se habían sacudido el yugo del colonialismo; en Cuba había triunfado una revolución que tenía tanto de socialista como de romántica; y en Vietnam el imperialismo norteamericano estaba a punto de ser derrotado por un ejército popular de campesinos desaliñados. Es cierto que la

experiencia más avanzada de construir democráticamente el socialismo, la denominada vía chilena, había sido cercenada; pero ello, lejos de desmoralizar a los entusiastas izquierdistas de occidente, les indujo hacia procedimientos más resolutorios y expeditivos<sup>10</sup>. En definitiva, todos estos éxitos tuvieron un intenso impacto emocional en las nuevas vanguardias políticas occidentales. Cada triunfo popular en el mundo era vivido como propio, como ejemplo a emular y como una prueba más de que la burguesía iniciaba su repliegue. Por otra parte, la crisis económica estructural de la primera mitad de los setenta fue interpretada por gran parte de la izquierda como fase terminal del capitalismo. Esto, sumado a lo anterior, hacía pensar a a gran parte de la izquierda que el viento de la historia soplaba a su favor.

Por otra parte, las duras condiciones de lucha en España eran más que favorables para alentar la contundencia ideológica de la izquierda. La brutal y desproporcionada represión sobre disidentes y desafectos lejos de cumplir su función disuasoria resultó en última instancia contraproducente, y dio más brío a las propuestas transformadoras. Pero además de la represión, la vida política clandestina era en sí misma un acicate para el izquierdismo. La clandestinidad favorecía que los esfuerzos intelectuales de la izquierda se orientasen a especular sobre los grandes proyectos emancipadores que se desarrollarían cuando tuviesen su punto de arranque en la democracia, toda vez que no estaban sometidos a lidiar con las duras contingencias y las irresistibles tentaciones que entraña el ejercicio de una responsabilidad institucional en condiciones democráticas<sup>11</sup>.

En cuarto lugar, hay que tener en cuenta que el marxismo, en sus distintas formas y grados de rigor, dominaba la cultura política de las vanguardias universitarias antifranquistas<sup>12</sup>, y debe recordarse que los nuevos dirigentes del PSOE se habían formado en ese hervidero ideológico que fue la universidad española del tardofranquismo.

En este contexto, militar activamente contra el régimen implicaba en cierta medida decantarse por el marxismo. La identificación con el marxismo era así la piedra angular de todo un entramado ideológico y una perspectiva estratégica asentados en las teorías sobre la transición al socialismo. Se pensaba entonces que el capitalismo nacional dependía para su

supervivencia de la mera superestructura coactiva del régimen, y que el desplome de la dictadura permitiría orientar el proceso de cambio en una dirección socialista<sup>13</sup>.

No obstante, la radicalidad retórica del PSOE y su adscripción al marxismo respondían sobre todo a cuestiones tácticas. El partido socialista aspiraba a situarse en el centro del movimiento de contestación popular al régimen y a convertirse en la columna vertebral de las fuerzas progresistas de oposición al mismo; papeles representados de manera preeminente por el PCE. Al declararse marxista, al igual que el PCE, el PSOE no sólo no atacaba esta política marxista tan exitosa, sino que se identificaba con ella y se la apropiaba en cierta medida. De esta forma lograba limitar el protagonismo que el PCE tenía sobre la lucha antifranquista y se daba así mismo un protagonismo mayor al que le correspondía<sup>14</sup>. Además, con su adscripción al marxismo el PSOE pretendía emparentar con algunos grupúsculos izquierdistas. Pero más allá de cualquier alianza orgánica lo que se perseguía era penetrar a través de ellos en los circuitos contestatarios a la dictadura, y sustraerles, por otra parte, a sus cuadros políticos más preparados para cubrir los puestos intermedios de responsabilidad en el partido, al descubierto por su escasa y poco formada militancia de base<sup>15</sup>. De igual modo el PSOE no era el único referente socialista en España, y tenía que rivalizar con el resto de los partidos socialistas de ámbito estatal y regional. Proclamarse marxista suponía no ceder ningún terreno ideológico a esos partidos socialistas que tan enfáticamente se definían como tales<sup>16</sup>. Por tanto, el marxismo no era en el PSOE un corpus teórico y doctrinario tipificador de objetivos y prefigurador de su acción, sino una herramienta, un señuelo si cabe, en sus relaciones de cooperación y competencia con otras fuerzas.

En otro sentido, el marxismo del PSOE funcionó más como mera referencia de identificación interna del colectivo que como concepción rectora de su línea política operativa. Con frecuencia las ideologías vienen a cubrir la necesidad de autorrepresentación que tienen todos los colectivos, esa necesidad que sienten todas las agrupaciones políticas de dotarse de una identidad que les permita reconocerse a sí mismas y diferenciarse de otras<sup>17</sup>. La adhesión del PSOE al marxismo a mediados de los setenta vino a desempeñar esta función identitaria inocua para su praxis. El PSOE había salido del franquismo extremadamente debilitado y bajo el

síndrome de la anomia ideológica. Declararse marxista sirvió para cubrir por un tiempo esa falta de identidad con una doctrina entonces atractiva para los militantes y fácilmente identificable para la sociedad más activa políticamente. El marxismo sirvió también al propósito de justificar y dotar de sentido la lucha antifranquista, una vez el régimen era definido como soporte político de un modo de producción explotador. Al tiempo que ese mismo uso ideológico del marxismo sirvió para sublimar la lucha del partido, para dotarla de un halo de heroicidad y para elevarla sobre la cruda y a veces insípida realidad; en la medida que toda acción militante se presentaba, por insignificante que fuera, como favorecedora de la utopía socialista.

De este modo, la explotación ideológica del marxismo por parte de la dirección sirvió para mantener la tensión emocional entre la militancia, para trasmitirle entusiasmo en un momento en el que era urgente impulsar el trabajo militante de cara a tener una presencia significativa en las movilizaciones de masas hegemonizadas por los comunistas. Los grandes objetivos que prescribía el marxismo tenían mayor enganche movilizador, en el eufórico contexto de conflictividad social del Tardofranquismo, que las metas más viables a corto plazo por las que apostaban otras corrientes de la izquierda. Aunque se dudara de la posibilidad inmediata o hasta remota de abrir brecha hacia el socialismo o incluso no se deseara, resultaba más efectivo movilizar a las bases del partido apelando a estos metaproyectos que a logros menores.

### 3. CONSENSOS Y ABANDONOS: LA RENUNCIA AL MARXISMO

Con estos presupuestos ideológicos revolucionarios, pero con un programa no obstante socialdemócrata, el PSOE fue la segunda opción más respaldada en las legislativas de junio de 1977; y desde esta posición relevante intervino en los acontecimientos más destacados del proceso de cambio. Como es sabido, la correlación de fuerzas entre la oposición y el gobierno, el temor más tarde probado a que un golpe de estado abortase la transición y las estrategias que cada partido esbozó para satisfacer sus propios intereses favorecieron el consenso entre las distintas fuerzas políticas. En este contexto de construcción consensuada de la democracia el PSOE tenía que intervenir sin que su perfil

ideológico se difuminara aparentemente, sin desnaturalizar su papel de partido de oposición y sin renunciar, por otra parte, a realizar las concesiones necesarias para evitar tentativas golpistas, lograr ventajas partidarias y atraerse a sectores sociales hostiles a toda severidad ideológica. En este sentido, “El PSOE adoptó una combinación básica de firmeza y flexibilidad que adecuadamente dosificada le permitió aparecer como tenaz defensor de sus posiciones y al mismo tiempo realizar las inevitables concesiones sin excesivo coste político”<sup>18</sup>. La táctica del PSOE se ensambló a la perfección en el ritmo entrecortado del proceso y se acomodó igualmente a las contradictorias tendencias de la mayoría de la sociedad, deseosa de cambios pero temerosa de sus posibles efectos derivados. Esta capacidad contemporizadora fue hábilmente ejercitada en dos momentos claves de la transición: en la firma de los pactos de la Moncloa y en la elaboración del texto constitucional. El PSOE suscribió los impopulares pactos para evitar que UCD y el PCE, sus principales impulsores, pudieran acusarle de practicar una política irresponsable en un momento tan delicado, pero no se comprometió en su ejecución, criticó sus aspectos más conservadores, fue presentando a la par su propia política económica y denunció al mismo tiempo la buena sintonía entre las dos fuerzas políticas citadas. En los debates constitucionales el PSOE emitió, por ejemplo, su peculiar y poco creíble voto republicano, pero al final respaldó íntegramente la nueva Carta Magna. Si con lo primero hizo demostración pública de firmeza y coherencia ideológicas, con el respaldo íntegro a la Constitución puso de manifiesto su flexibilidad. Y todo ello sin comprometer lo más mínimo su praxis predefinida, que no era otra que la de pasar por los estrechos cauces de la reforma pactada, cuya piedra angular era el dispositivo sucesorio franquista montado en torno a la figura incuestionable de Juan Carlos de Borbón.

Desde el punto de vista ideológico el PSOE adoptó una actitud parecida: moduló el tono según el auditorio y mantuvo un discurso que por ambiguo resultó ser muy versátil a la hora de satisfacer a sujetos con convicciones ideológicas distintas cuando no opuestas. Así, conjugó las beligerantes soflamas para consumo de militantes y simpatizantes más exigentes con las cautas declaraciones públicas destinadas a un auditorio menos aguerrido. De manera paralela explotó una forma pseudodialéctica de argumentación, según la cual las pequeñas

conquistas democráticas arrancadas a golpe de consenso eran pasos conducentes e insalvables hacia cambios socialistas futuros. Esta dualidad de programas máximos y mínimos, esta forzada conexión entre metas urgentes y objetivos ulteriores, resultó también muy útil por un tiempo. Apelando a lo primero el PSOE conectaba con parte del electorado moderado que no había sido presa de la UCD, e invocando lo segundo conseguía retener a votantes deseosos de cambios más profundos y apaciguar durante un tiempo sus exigencias.

Tras la etapa del consenso el PSOE pensó que sería la opción vencedora en las segundas legislativas. Sin embargo, sus expectativas se vieron frustradas, y abrió entonces un proceso de revisión tanto de su acción política como de su discurso ideológico.

Desde el punto de vista ideológico el PSOE concluyó que las señas de identidad izquierdistas que tan útiles le habían sido para resituarse en la oposición a la dictadura le hacían sumamente vulnerable a los ataques del adversario democrático, que las explotaba demagógicamente para generar temores infundados entre potenciales votantes<sup>19</sup>. La ambigüedad discursiva del PSOE, otrora polivalente para sumar respaldos heterogéneos, devino en contradicción paralizante en el empeño de alcanzar una mayoría electoral. Había llegado el momento de poner fin a equívocos e imprecisiones y de abrir un proceso de adecuación de sus declaraciones, formas y símbolos a la moderación práctica que le venía caracterizando. Sin embargo, no disponía de mucho tiempo para acometer semejante mutación, si lo que pretendía era situarse de inmediato como alternativa de gobierno para aprovechar una coyuntura política que se prestaba al triunfo.

La inminencia del reto gubernamental reclamaba un cambio repentino que pudiera ser percibido de manera instantánea y creíble por aquellos sectores sociales que recelaban de su veleidad doctrinaria, pero que estarían dispuestos a darle respaldo si soltaba sus lastres ideológicos. Además, había que atemperar enseguida el ánimo de los poderes fácticos, ya no recelosos, sino virulentamente hostiles a cualquier propuesta que rezumara algo de socialismo. Lo que se buscaba, en definitiva, era un golpe de efecto ante la opinión pública, y una garantía simbólica para los poderes reales del país. Y este golpe de efecto, esta garantía simbólica, se



concretó en la propuesta que hizo Felipe González al XXVIII congreso para que el partido renunciara al marxismo.

El denominado debate sobre el marxismo en el PSOE no fue tal en la medida que, como hemos visto, el PSOE no era *stricto sensu* un partido marxista. El conflicto sobre la renuncia del marxismo no fue tal porque lo que se pretendía desestimar, so pretexto de despojarse de esta etiqueta ahora incómoda, no era nada que fuera propio del marxismo, sino la más genérica condición socialista del propio partido, como así lo plantearon los miembros del sector crítico a la redefinición<sup>20</sup>.

Así como la dirección había recurrido a la renuncia del marxismo como garantía simbólica de su futuro pragmatismo y moderantismo gubernamental, así los críticos levantaron la bandera del marxismo para defender una línea para nada revolucionaria, aunque sí respetuosa de los valores más básicos de la izquierda socialista. Por otra parte, el tema del marxismo actuó como catalizador del descontento que una parte importante de las bases sentía por las concesiones que se habían hecho a lo largo de la Transición en temas tales como los Pactos de la Moncloa o la Constitución<sup>21</sup>. La defensa del marxismo expresaba, por tanto, la frustración que produjo el proceso reformista de cambio político en una generación de activistas que aspiraban además a ligarlo al socialismo.

Como es sabido el debate sobre el marxismo produjo en el PSOE una crisis de envergadura.

La dirección encabezada por González dimitió en bloque cuando la mayoría de los delegados al XXVIII Congreso se expresaron en contra de la redefinición ideológica. Esta crisis se solucionó en el Congreso Extraordinario de septiembre de 1979, en el que se logró neutralizar al sector crítico, se revalidó el liderazgo de González y se abrió la senda a cambios discursivos a partir de entonces muy acelerados.

#### 4. SOBRE LA MODERACIÓN IDEOLÓGICA DEL PSOE

Las razones que propiciaron este transformismo ideológico del PSOE, que se volvería más explícito en los sucesivos congresos del partido, remiten a la desaparición o modificación de los factores contextuales que habían favorecido el radicalismo, y, sobre todo, al los cambios tácticos decididos por la dirección.

Atendiendo al contexto internacional, la euforia desatada por los triunfos de la izquierda a nivel mundial empezaba a perder fuelle, toda vez que la derecha recuperaba posiciones por la vía electoral ( véase Gran Bretaña) o a través de sanguinarios golpes de Estado (véase la consolidación de las dictaduras del Cono Sur o la escalada reaccionaria en Centroamérica). Se estaban sentando las bases de la ofensiva neoliberal prefigurada intelectualmente por la Escuela de Chicago y se estaba abriendo paso lo que más tarde se dio en llamar *la revolución conservadora*<sup>22</sup>. Por otra parte, la prioridad que el PSOE dio a la integración de España en la CEE era otro factor inhibitor de proyectos y proclamas izquierdistas: los países capitalistas vecinos no hubieran levantado el veto a un país que, aunque ya fuera democrático, pudiera estar gobernado por un partido que tuviera en mente cuestiones tales como la nacionalización de sectores estratégicos de la economía.

En cuanto a los factores internos, la transición a la democracia fue un periodo de extraordinaria aceleración del tiempo histórico, un proceso marcado por la sucesión vertiginosa de acontecimientos que alumbró la emergencia de un nuevo orden constitucional y la clausura relativa del régimen precedente. Este frenético proceso de descuaje y reemplazo simultáneo del franquismo, provocó sucesivos y notorios cambios de posición de los distintos partidos a medida que el nuevo sistema se iba configurando y su antecesor se extinguía. Estos cambios posicionales forzaron a la variación de las estrategias de los partidos políticos, pero sobre todo animaron al cambio de metas y objetivos que cada cual se había propuesto inicialmente, y por ende estimularon también mutaciones en los presupuestos ideológicos que venían a inspirar, justificar o racionalizar esas estrategias y objetivos. El caso del PSOE es paradigmático de lo que hablamos, pues pasó en un breve periodo de tiempo de ser una fuerza residual y poco influyente en el conjunto de la oposición durante la clandestinidad a convertirse en la segunda opción más representativa electoralmente dentro ya del reciente sistema democrático. Pasó del aislamiento en las catacumbas a ser alternativa de gobierno. Ya no se trataba de lograr y consolidar una situación de preeminencia en la oposición, sino de alcanzar el poder. Si para lo primero había que conjugar las proclamas izquierdistas destinadas a las vanguardias militantes con atemperadas declaraciones orientadas a sumar votos deseosos de cambios poco abruptos; para lo segundo

había que atraerse a sectores sociales que rechazaban cualquier licencia doctrinaria y lograr al menos la pasividad de unos poderes fácticos dispuestos a abortar cualquier tentativa rupturista. En definitiva, la ideología en el PSOE actuó como una herramienta mutable en función de sus intereses electorales y al servicio de sus movimientos tácticos. El caso de la afirmación y posterior desestimación del marxismo fue una buena prueba de ello. Si en un principio declararse marxista resultó útil para ocupar un lugar importante en el conjunto de una oposición radicalizada, renunciar al marxismo resultó provechoso para ganar las elecciones a partir de un electorado en gran medida moderado<sup>23</sup>.

Además, los buenos resultados electorales supusieron una inyección económica de envergadura. La disposición de ingentes recursos, recibidos en concepto de subvención pública o préstamos bancarios, permitió levantar un aparato burocrático de partido que, como todo aparato, tenderá a la conservación de sus intereses de grupo en menoscabo de la acción más dinámica de las bases ideologizadas. Por otra parte, las relaciones financieras con la banca entrañaron también una cierta hipoteca ideológica: obviamente los préstamos se podían ver comprometidos si la propuesta sobre la nacionalización de la banca de las resoluciones congresuales sobrepasara su mero carácter retórico<sup>24</sup>.

Los éxitos electorales también provocaron un incremento acelerado e intenso de la afiliación. Los cuadros del PSOE curtidos en la lucha clandestina fueron desbordados por aquellos que entraron más tarde movidos simplemente por el deseo de consolidar la democracia y modernizar el país sin mayores pretensiones socialistas, de ascender en la administración o de beneficiarse personalmente. En este sentido, Richard Gillespie ha situado el peso creciente de los neófitos en el partido como una de las principales causas de su moderación ideológica<sup>25</sup>.

Por otra parte, el arranque de la transición, la forma en que se desarrolló, las dinámicas políticas que se siguieron y los contenidos que fue cobrando favorecieron la moderación del PSOE. El fracaso del proyecto de ruptura democrática y la consiguiente apropiación de la iniciativa por el gobierno hicieron que la oposición se plegara a negociar con los postfranquista el ritmo y la intensidad de los cambios, así como su condicionada integración

en el futuro sistema. Después la dinámica consensual fue otro acicate constante para la moderación. Si el ejercicio de gobierno por parte de la izquierda suele sofocar sus pulsiones radicales, el consenso, en tanto que forma indirecta de gestión institucional, tuvo efectos parecidos, si acaso no más severos, sobre el PSOE. La asunción de responsabilidades gubernativas suele generar la complicidad con las inercias y los lentos engranajes del sistema, la acomodación al inmovilismo del aparato administrativo, la familiaridad con las presiones de los poderes fácticos y la búsqueda alternante de apoyos a veces incoherentes con el resto de las elites políticas<sup>26</sup>. Estos factores de tentación moderadora consustanciales a todas las democracias vieron multiplicados sus efectos sobre la izquierda en la Transición. Y ello porque, en este contexto de descuaje progresivo de una dictadura y reemplazo simultáneo por una democracia, a la lentitud natural de toda administración se sumaba su ocupación por funcionarios todavía afectos al viejo régimen, y a la presión obstruccionista habitual sobre las iniciativas de izquierda por los poderes fácticos se sumaba el chantaje golpista cotidiano de una parte importante de las Fuerzas Armadas. El consenso contribuyó en última instancia a la domesticación de los dirigentes de la izquierda. Les hizo asumir el rol del gobernante e interiorizar el papel del gestor; sin que por otra parte pudieran participar efectivamente en la gestión del gobierno para desarrollar sus propias iniciativas. Pero además la dinámica consensual y el proceso reformista en su conjunto generaron un *politicismo* desenfundado en todas las organizaciones participantes. Los pactos y las transacciones, los acuerdos y las negociaciones, los trueques y componendas entre las élites políticas se sucedieron de manera vertiginosa y a espaldas de la ciudadanía.

Ello provocó lo que se dio en llamar la etapa del desencanto: la desmotivación de la ciudadanía más deseosa de cambios hacia las cuestiones públicas. El recurso a una política velada, recluida en los angostos muros del parlamento, privativa de una elite política desvinculada del imperativo de sus electores, sorprendentemente oscilante en función de las componendas, y que permitió una cierta supervivencia de instituciones, dirigentes, normas legales y actitudes de la dictadura, desmotivó, desmovilizó y defraudó a un sector importante de la izquierda social, lo cual alivió en cierta medida su presión sobre las cúpulas dirigentes de la izquierda política.

Al mismo tiempo, las organizaciones sindicales y políticas de la izquierda acordaron en la etapa del consenso una política tácita de contención de la conflictividad social a trueque de las concesiones ya vistas. Si la conflictividad social había sido el caldo de cultivo óptimo para la difusión del ideario político de la izquierda, la reducción de los conflictos de clase privó a las ideas de la izquierda de su principal espacio de materialización social. En definitiva, la apuesta por el consenso entrañó la toma de contacto con los estrechos límites de la realidad política española, constreñida por las amenazas golpistas, las presiones del *establishment* económico y la desigual voluntad de cambio de la sociedad española. Pero la apuesta por el consenso entrañó también la gratificante toma de contacto con las mieles del poder, el deseo desbocado de conquistarlo a toda costa, la satisfacción poco confesable de ganarse la respetabilidad del contendiente y la exposición diaria al abrazo aristocrático; toda una serie de factores que redundaron en beneficio de la moderación<sup>27</sup>.

En cuanto a las relaciones de competencia y cooperación con organizaciones aledañas, todo animaba a la medida. Cada vez tenía menos sentido mantener un discurso izquierdista antes orientado a rivalizar con el PCE si se tiene en cuenta que el partido de Santiago Carrillo había atemperado su propuesta bajo inspiración del eurocomunismo, había topado con un techo electoral por el momento intraspasable y empezaba a padecer la pulsión suicida de los conflictos internos. En el nuevo sistema de competencia electoral entre partidos el giro moderantista del PCE favorecía un corrimiento ideológico de conjunto. Si el partido situado a la izquierda del arco parlamentario escoraba en sentido contrario, aquél que lindaba a su derecha se sentía más libre para desplazarse hacia el centro. Por otra parte, la política de alianzas, o más bien de fagotización de organizaciones cercanas, ya no se orientaba a los diversos y radicalizados partidos socialistas minoritarios, todos ellos disueltos, agotados o integrados bajo las siglas del PSOE; sino a la moderada fracción socialdemócrata de la UCD encabezada por Fernández Ordóñez.

## 5. TRIUNFO ELECTORAL Y ACOMODO SOCIALDEMÓCRATA

Después del Congreso Extraordinario dos acontecimientos precipitaron el éxito electoral del PSOE y favorecieron aun más su

moderación ideológica: la crisis de UCD y el 23F. La crisis interna de la coalición gobernante se saldó con la sustitución de Suárez por Leopoldo Calvo Sotelo, lo cual representaba un cierto giro a la derecha en la organización. La imagen de impotencia y desunión de UCD contrastaba con la imagen de unidad y fortaleza que proyectaba el PSOE una vez superó su crisis, imagen que se ajustaba a la demanda popular de un gobierno firme capaz de imponerse a los peligros que amenazaban la reciente democrática. El 23F, además de reforzar la imagen de impotencia e ineptitud de UCD, reavivó los valores de cambio y seguridad en torno a los cuales se había movido la mayoría del electorado. Y el PSOE supo conjugar en su discurso ambos polos, ocupando en las elecciones del 82 el espacio político que la UCD había dejado al descubierto, un espacio que representaba un amplio consenso social en absoluto socialista<sup>28</sup>. En estas circunstancias el PSOE dio un nuevo giro a su discurso político, cuyos ejes centrales pasaron a descansar en la propuesta socialmente aséptica de consolidar la democracia en su sentido liberal y de modernizar las anquilosadas estructuras del país. Los objetivos concretos sancionados en este discurso consistían en garantizar la primacía del poder civil sobre el militar, vertebrar autónomamente el Estado sin comprometer su unidad y fortalecer en cierta forma el Estado de Bienestar pero descartando aquellos elementos más audaces del programa socialdemócrata<sup>29</sup>.

El discurso del PSOE<sup>30</sup>, antes combativo en el plano retórico contra el status quo, derivó en la aceptación más o menos abierta y a perpetuidad de las instituciones económicas, sociales y políticas existentes. Desde los nuevos parámetros socialdemócratas el capitalismo resultaba más beneficioso que inconveniente si se disponía de un Estado social con la capacidad de intervención suficiente como para defender a los más débiles y compensar, que no resolver, las injusticias sociales. El capitalismo era así el mejor de los modos de producción posibles, siempre y cuando existiera un Estado democrático que contuviera su tendencia al desbocamiento y domesticara sus pulsiones más agresivas. El capitalismo pasó a ser en el discurso del PSOE sinónimo de generación de riqueza, innovación tecnológica imparables y estímulo a las potencialidades creativas del individuo, tanto más si se comparaba con las carencias materiales de los países del este, la obsolescencia de sus tecnologías y la reprimida iniciativa individual de sus ciudadanos.



El consumismo dejó de ser en el discurso del PSOE una forma de enajenación socio-cultural para convertirse en indicador del bienestar ciudadano. Los valores de austeridad dejaron paso a las reiteradas declaraciones sobre la legitimidad e idoneidad del enriquecimiento personal. A este respecto no pudo ser más elocuente aquella declaración en la que el ministro Carlos Solchaga se felicitaba de que España fuera, gracias a los socialistas, el país donde resultaba más fácil y rápido enriquecerse. Del mismo modo, los valores de cooperación y apoyo mutuo fueron cediendo terreno a las nociones totémicas de competitividad y rivalidad con el prójimo, que para el nuevo discurso abrían la senda a formas menos burocratizadas y más productivas de trabajo.

En cuanto a las concepciones socialdemócratas de fondo, se negaba que la sociedad fuera víctima de un antagonismo polar; así como que estuviera atravesada por una lucha de clases consecuente. Desde esta perspectiva no se obviaban las desigualdades sociales, pero sí se negaba que esta pluralidad de intereses distintos y opuestos respondiera en última instancia a la hasta entonces considerada determinante contradicción entre capital y trabajo. Se reconocían las desiguales sociales, pero tales desigualdades se atribuían a diferencias formativas, generacionales u a otras resultantes de la todavía arcaica y mal gestionada economía de mercado en España; pero en ningún caso se responsabilizaba de ellas a ese modo de producción capitalista que antes se reconocía fundamentado, con independencia de su mayor o menor grado de modernidad, en la apropiación del trabajo ajeno por parte de una minoría.

En el mismo sentido la identificación anterior entre libertad e igualdad saltó por los aires. En el nuevo discurso socialdemócrata, puente de vuelta a las concepciones liberales más clásicas, la igualdad social, la desaparición de las clases sociales, se identificaba con el primitivismo o el totalitarismo.

La desaparición absoluta de las diferencias de clase no daría lugar, desde esta perspectiva, sino a una masa ingente, amorfa y compuesta por la agregación de individuos estandarizados, despersonalizados, grises, apáticos y desmotivados en sus vidas ante la imposibilidad de ascender socialmente. Por el contrario, una cierta desigualdad bien regulada daría lugar a una sana heterogeneidad que mantendría a los individuos en activo.

Por todo ello la propuesta socialdemócrata no aspiraba a la abolición de los conflictos sociales, sino a su regulación democrática a través de pactos y compromisos. Se trataba de generar un marco de convivencia en el que a través de la concertación se pudiera llegar a acuerdos que no fueran excesivamente lesivos para los asalariados pero que tampoco amenazaran los mecanismos de acumulación capitalista. Era el momento del diálogo social entre patronal y sindicatos arbitrado neutralmente por un Estado encargado de velar por los intereses de ambos. En este sentido, el sujeto de la política socialdemócrata ya no se definía en términos de clase, por cuanto que la necesidad de obtener un apoyo electoral socialmente diverso que garantizara la permanencia en el gobierno descartaba la identificación exclusiva con un sector social determinado o con un bloque social más amplio pero delimitado. Ahora el sujeto de la acción socialdemócrata sólo podía ser un Estado democrático orientado a satisfacer los intereses comunes de la ciudadanía, sin que esta acción asfixiara, por otra parte, la iniciativa privada de sus sectores más dinámicos. En este sentido, si se hiciera un seguimiento de las variables concepciones sobre el Estado en el discurso del PSOE este sería un índice clarificador de su transformismo ideológico. Al principio sostuvo la conveniencia de conjugar el poder ciudadano autónomo con el poder del Estado democrático en la perspectiva de que este terminara completamente transferido a aquel; luego hizo del Estado, por inspiración Keynesiana, el instrumento exclusivo de la política socialdemócrata; y finalmente devaluó, bajo el signo neoliberal de los tiempos, el papel del Estado a favor de la libertad de mercado.

Si el seguimiento de las variables concepciones sobre el Estado en el PSOE es un índice clarificador de su transformismo ideológico el rastreo de los significados cambiantes que fue atribuyendo al concepto de democracia marca igualmente la senda de su mutación ideológica. Para los dirigentes del PSOE la democracia dejó de ser un horizonte ideal de abolición de la diferencia entre gobernantes y gobernados, y pasó a reducirse a un mero procedimiento técnico orientado a garantizar la alternancia de las élites en el poder y a mantenerlas operativas ante el riesgo de perderlo o la esperanza del alcanzarlo. El PSOE selló su compromiso con una visión de la democracia tan sólo representativa, restringida al ámbito socialmente intrascendente de lo político y de aplicación

esporádica en función de los pautados y sincopados procesos electorales.

La última vuelta de tuerca en el discurso del PSOE fue su apuesta por la permanencia de España en la OTAN. Su rechazo a la dinámica de bloques, sus beligerantes soflamas contra el imperialismo norteamericano se desvanecieron apenas dos años después de acceder al poder.

## NOTAS

<sup>1</sup> Martín Ramos, José Luis, *Historia del socialismo español*. Vol. IV. Barcelona, Conjunto Editorial, 1989, 214.

<sup>2</sup> “Resolución política”. *XXVII Congreso del PSOE*. Barcelona, Avance, 1977, 115.

<sup>3</sup> Sotelo, Ignacio, *El Socialismo democrático*. Madrid, Taurus, 1980, 37.

<sup>4</sup> “Resolución...”, op. cit., 117.

<sup>5</sup> García Santesmases, Antonio, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*. Barcelona, Anthropos, 1993, 46 y 47.

<sup>6</sup> Sotelo, Ignacio, *El Socialismo...*, op. cit., 41-42.

<sup>7</sup> “Resolución...”, op. cit., 117 y 118.

<sup>8</sup> Sobre las contradicciones entre la doctrina y la práctica en el PSOE durante este tramo de la transición véase Juliá, Santos, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*. Madrid, Taurus, 1987, cap. XII.

<sup>9</sup> Martín Ramos, José Luis, *Historia...*, op. cit., 205.

<sup>10</sup> García Santesmases, Antonio, *Repensar...*, op. cit., 42 y 43.

<sup>11</sup> Gillespie, Richard, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*. Madrid, Alianza, 1991, 334.

<sup>12</sup> Fernández Buey, Francisco. “Para estudiar las ideas olvidadas de la transición” [documento online] Disponible desde Internet en: <<http://www.marxismo.org/?q=node/327>>, 1.

<sup>13</sup> Juliá, Santos, *Los socialistas...*, op. cit., 408.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 509.

<sup>15</sup> Mateos, Abdón, op. cit., 442.

<sup>16</sup> Juliá, Santos, *Los socialistas...*, op. cit.

<sup>17</sup> Sobre el uso del marxismo como referencia de identificación colectiva en la socialdemocracia clásica vid. del Río, Eugenio, *La izquierda. Trayectoria en Europa occidental*. Madrid, Talasa, 1999, 64-70.

<sup>18</sup> Companany, Enric; Arroyo, Francesc, *Historia del Socialismo español*. Vol. V. Barcelona, Conjunto editorial, 1989, 23.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 48 y 49.

<sup>20</sup> En estos términos se ha expresado la mayoría de los historiadores a los que venimos aludiendo: Juliá, Gillespie, Santesmases, etc.

<sup>21</sup> Así lo han reconocido los principales protagonistas del rechazo a la redefinición. Véanse, por ejemplo, las palabras de Francisco Bustelo en la entrevista que le realizó Burns Marañón, Tom, *Conversaciones sobre el socialismo*. Barcelona, Plaza y Janés, 1996, 252.

<sup>22</sup> Sobre estos cambios resultan clarificador el análisis de Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1998, cap. XIV.

<sup>23</sup> Sobre este uso táctico del marxismo por el PSOE resultan especialmente interesantes las reflexiones de Juliá, Santos, *Los socialistas...*, op. cit.

<sup>24</sup> Gillespie, Richard, *Historia...*, op. cit., 342-343.

<sup>25</sup> *Ibid.*

<sup>26</sup> del Río, Eugenio, *La izquierda...*, op. cit., 182.

<sup>27</sup> Esta interpretación puede encontrarse en los trabajos más críticos, y no por ello menos solventes, sobre la transición, que curiosamente no proceden de historiadores: Morán, Gregorio, *El precio de la Transición*. Barcelona, Planeta, 1992. Vázquez Montalbán, Manuel, *Crónica sentimental de la transición*. Barcelona, Planeta, 1985. Castellano, Pablo, *Yo sí me acuerdo. Apuntes e historias*. Madrid, Temas de Hoy, 1994.

<sup>28</sup> Tezanos, José Félix, “Continuidad y cambio en el socialismo español”, en José Félix Tezanos; Ramón Cotarelo y Andrés de Blas (eds.), *La transición democrática española*. Madrid, Sistema, 1989, 453-454 y Malefakis, Edward, entrevista concedida a Burns Marañón, Tom, *Conversaciones...*, op. cit., 268.

<sup>29</sup> Tezanos, José Félix, “Continuidad...”, op. cit., y Tezanos, José Félix, entrevista concedida a Burns Marañón, Tom, *Conversaciones...*, op. cit., 389.

<sup>30</sup> Las ideas que a continuación exponemos fueron poco a poco haciéndose explícitas en el discurso de los dirigentes del PSOE. En beneficio de la brevedad hemos reconstruido críticamente este discurso a partir de los análisis de García Santesmases, Antonio, *Repensar...*, op. cit., cap. V; y haciendo uso de los criterios que, para distinguir la propuesta del socialismo democrático de la propuesta socialdemócrata utiliza Sotelo, Ignacio, *El Socialismo...*, op. cit., 148-156. y en *Los Socialistas en el poder*. Madrid, El País, 1986.